

# Cornelio de Saavedra

Por GUILLERMO FURLONG

I. — SAAVEDRA, FACTOR MAXIMO DE LOS ACONTECIMIENTOS DE MAYO. — II. — SAAVEDRA Y MORENO. — III. — SAAVEDRA PERSEGUIDO Y CALUMNIADO.

**V**A para dos siglos que en los Estados Unidos se ha cristalizado, con vigor diamantino y con destellos de rubí, el dicho popular referente a George Washington, proclamando que *"fue el primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en el corazón de sus conciudadanos"*.

Hubo entre nosotros, además de Belgrano, de quien se pudo haber dicho que fue el primero en la guerra, con anterioridad a 1810, y fue el primero en la paz en 1810, pero que, lejos de ser el primero en los corazones de sus conciudadanos desde 1810, fue no tan solo olvidado y desdeñado, sino hasta perseguido y odiado.

Sus contemporáneos le odiaron gratuitamente; la posteridad le olvidó ingratamente; desde 1810 espera una recompensa justiciera, pero ella está aún muy lejos de ser lo que debe ser. Aquel hombre que fue el primero en la guerra contra los ingleses, a la par de Liniers, y que fue el denodado militar que salvó los intereses patrios de enero de 1809; aquel hombre que fue, sin comparación alguna, el primero en la paz de los transcendentales sucesos de 1810, tiene todo

derecho de ser el primero en el corazón de sus conciudadanos.

Ya sé que el afecto no se impone; es algo natural, espontáneo, fruto de un conglomerado de factores, pero menos aún puede surgir de la ignorancia, ya que no se ama lo que no se conoce. Los hechos de la vida de Saavedra son tales que no es posible dejar de lado la admiración; y sus infortunios, a raíz mismo de su exaltación a presidente de la Primera Junta, son también tales que es imposible dejar de lado la conmiseración. De la admiración y de la conmiseración ha de surgir, y surge ya, la justicia, y a la par de ella puede brotar hasta el cariño. El primero en la guerra, el primero en la paz, el primero en los corazones de sus conciudadanos.

Lejos de nuestra intención el achicar a unos próceres para enaltecer a otros: todos ellos, en la medida de sus talentos, sirvieron a la Patria, aun en sus yerros, ya que éstos como apriorísticamente debemos suponerlo, no fueron sino efectos de la fragilidad, y no de la malicia humana. Todos, hasta el bueno de Rivadavia, creían servir al país, mientras lo conducían a su ruina.

Ayer como hoy el grave error de no pocos argentinos es el desconocimiento de la patria, ya que ésta no es, ni puede circunscribirse a la ciudad y a los intereses de Buenos Aires. Moreno había recorrido el país, pues había estado en Charcas, pero el porteñismo le fue nefasto. Saavedra, nacido en el corazón del viejo virreinato, era más ecuaníme en su juicio sobre lo que era la Capital y lo que eran las provincias. Hombre de singular preparación cultural, estaba más unido a la tierra, a causa de sus preocupaciones agrícola-ganaderas.

Conocedor y apreciador de los valores hispanos, jamás creyó que deberían ser reemplazados por los característicos de otros países, como no piensa un hombre sano sustituir la sangre de sus venas con la de otros, aunque tal vez más rica en glóbulos blancos. Era lo que debía ser: un criollo, un nativo de la tierra, y por el hecho de haber nacido a la sombra del rico Cerro, le cupo, como no cupo a otro alguno de los hombres de 1810, ser, aún por razón de su nacimiento, eminentemente argentino.

# I. — SAAVEDRA: FACTOR MAXIMO DE LOS ACONTECIMIENTOS DE MAYO

**E**SA gloria se la otorgó la naturaleza, y se la otorgó la historia, al hacer de él el caudillo máximo de los patriotas de 1810 y el Jefe de la Primera Junta provisional, y hoy, desaparecidas las pasiones de otrora, los argentinos hemos de reconocer en don Cornelio de Saavedra al caballero sin tacha, al ciudadano probo y generoso, al hombre cultísimo, al soldado tan denodado como valiente, al político cortado a la medida del prudente y sagaz Catón, al

factor máximo de la Revolución de Mayo.

Saavedra, como Belgrano, ni de profesión, ni de vocación eran soldados, pero la Patria les exigió que empuñaran las armas. Saavedra, al saberse los preparativos que se hacían contra la fuerte expedición inglesa, que habría de querer reconquistar a Buenos Aires, dio su nombre y fue inscrito en el regimiento de Patricios. Bellamente ha dicho Funes que en aquella coyuntura *"desaparecieron las prerrogativas que da la diversidad de profesiones y fortunas, porque precedidos del amor de la Patria, se pusieron todos a un nivel, y dejaron que el mérito llenase su lugar. Era un espectáculo digno de la filosofía, agrega el pensador cordobés, ver de soldados rasos a hombres acaudalados, bajo las órdenes de un hombre labrador, aun más, ver al negro valiente, en la misma fila, hombro a hombro del amo..."*. Sin duda que después de 1810 se ha hablado mucho de democracia, pero tampoco cabe dudar que con anterioridad a ese año se había practicado lo que tal vez nombre no tenía, pero sí, espléndida vivencia.

a) *Jefe del Regimiento de Patricios.* — Fue por sus indiscutibles méritos que el soldado raso, Cornelio Saavedra, fue proclamado jefe por sus compañeros de armas y lo fue de tal suerte que en ese hecho lejano e intrascendente, al parecer, habría de hallar su rodrión la debilísima planta emancipadora, que había brotado en algunas mentes. Sus mismos soldados, en nota a Liniers, manifestaron el acierto con que Saavedra en la noche del 2 y 3 de julio de 1808 dispuso la defensa del centro de la ciudad, y sus hombres, aquellos que en su mismo apelativo llevaban destellos de amor a la tierra patria, lucharon con tal de-



nuedo que el coronel Kinston, al sentir que se aproximaba el fin de sus días, manifestó su deseo de ser inhumado en el cuartel de Patricios, para dormir el sueño eterno junto a los valientes que la habían vencido.

Sin percatarse de ello, había Saavedra robustecido el brazo fuerte de que habría de valerse la Revolución, al organizar primero y cubrir después, de gloria al Regimiento de Patricios, pero hizo mucho más, y el haberlo hecho es uno de los rasgos que más admiramos en la acción multiforme de Saavedra: reivindicó para los nacidos en Indias la gloria de la más heroica de las jornadas.

b) *La Proclama de Saavedra a los americanos.* — Para quienes conocen el medio ambiente político, social y militar en el primer decenio del siglo XIX, la proclama de Saavedra, que vamos a transcribir, es la primer clarinada con sonidos enteramente telúricos, vaticinio de acontecimientos ocultos aun en las sombras del futuro:

“El Comandante de Patricios voluntarios de Infantería de Buenos Aires a los señores Americanos:

“Tengo el honor de manifestar a la faz de todo el mundo, las gloriosas acciones de mis paisanos en la presente guerra con el Britano. Y a vista de ella ¿tendrá éste frente para decir que el valor de los españoles europeos ha degenerado en los Americanos? No, señores: más de doce mil testigos presenciales puedo producir que a una voz publican que jamás han visto mayor intrepidez, valor y ardimiento que el que experimentaron en los gloriosos hechos de armas del 12 de Agosto de 1806, 12 de Mayo, 7 de Junio, 2, 3, 4, 5 y 6 de Julio de 1807, y por todos quisiera que hablase el teniente Coronel del Regimiento N° 58, Señor Enrique Cadogan, que

habiendo experimentado muy a su costa el animoso desmedro de los Patricios de Buenos Aires, preguntaba con asombro, después de rendido, por la tropa de escudo en el brazo, que por valiente y animosa había admirado a él y a los suyos.

“Ni como podría no producirse en estos términos, cuando por todos los puntos que atacaron esta plaza, encontraron Patricios que ayudasen a rechazarlos y destrozarlos; cuando la vanguardia de su Ejército quedó degollada y rendida a las puertas del cuartel de Patricios, y su cañón de tren rodante por trofeo de éstos; cuando vieron al cabo de Escuadra Orencio Pío Rodríguez, que siendo baleado en las guerrillas, saca su propio cuchillo, divide la pierna herida, que ya consideró inservible, la venda con su propia ropa, prosigue haciendo fuego hasta rendirse gritando ¡Viva el Rey!, cuando observaron al teniente Don Félix Castro, que muerto su capitán Don Pedro Velarde, en la azotea que ambos guarnecían, se baja intrépido con veinte y nueve hombres que le quedaban y a bayoneta calada, ataca una respetable columna, que dispersó, destruyó y rindió, sin perder más que tres de sus soldados; y cuando a cada paso se confundían con... pero, ¿a dónde voy? Se creará tal vez que me dejo conducir de la pasión nacional cuando exagero las operaciones de mis compatriotas. No, señores; hablo a presencia de unos jefes y magistrados de la mayor circunspección, que han visto cuanto digo, y por esto, fundado en las operaciones de los valerosos Patricios de Buenos Aires, me atrevo a felicitar a todos los señores Americanos, después de las pruebas que siempre han dado de valor y de lealtad; se ha añadido esta última, que realzando el mérito de los que nacimos en las Indias, convence a la evidencia, que sus espíritus no tienen hermandad con el abatimiento; que no son inferiores a los europeos españoles; que en

valor y lealtad a nadie ceden y que nuestro amable soberano puede contar con esta Legión de Patricios de Buenos Aires, para defender cualquiera de sus propiedades y derechos en la América, como gustoso lo ofrezco por mí y a nombre de los tres Batallones de que se compone. Buenos Aires, 30 de Diciembre de 1807. — *Cornelio de Saavedra*".

c) *Saavedra y Liniers. Asonada del 1º de Enero de 1809.* — Mientras Saavedra escribía este documento, Liniers, el 31 de agosto, expedía un decreto agradeciendo a Saavedra, en nombre del Rey, su conducta heroica, y la de sus Patricios, en la defensa de Buenos Aires.

Había no poco de parecido entre esos dos grandes hombres, los héroes máximos en las brillantes jornadas de 1806 y 1807: había ciencia seria y digerida; había madurez, había perspicacia para conocer a los hombres y sus intenciones; había capacidad para acometer empresas y había habilidad y constancia para llevarlas a su debido fin. Un mutuo aprecio, que tal vez rayó en mutua admiración, los unió siempre, efectivamente antes, efectivamente aún, después de Cabeza del Tigre.

Bien se pudo ver el día 1º de Enero de 1809, aunque a todas luces no era al amigo en situación comprometida, sino a la revolución en peligro de perecer o de desnaturalizarse, a quien sostuvo Saavedra. Es sabida la historia de lo que entonces sucedió y cómo a los gritos de "*Muera el francés Liniers. Afuera el ahijado de Pepe Botellas*", el pueblo, soliviantado por elementos peninsulares, y apoyado por los cuerpos militares de gallegos, vizcainos, catalanes, montañeses y asturianos, que no solamente ocupaban la plaza pero hasta se habían adueñado de las azoteas y altos vecinos, exigían la

renuncia de Liniers, quien por tres veces se negó a ello.

Pero al fin cedió ante la fuerza, y mientras tomaba asiento para suscribir su renuncia, Saavedra que había estado en el cuartel, al frente de sus tercios de Patricios, penetró con ellos al Fuerte por la puerta excusada, y después de haber formado a sus hombres en el gran patio del recinto, desenvainó su espada y aceleradamente subió las escaleras al salón donde Liniers ponía ya su firma a su renuncia.

La presencia de Saavedra sorprendió desagradablemente a los que presionaban a Liniers, y fue el obispo, con quien más tuvo que habérselas el valiente hijo de Potosí.

"Señor Comandante, por Dios, el Pueblo no quiere que continúe mandando S. E.", dijo el Obispo a Saavedra, pero como éste refiere en sus Memorias: "*Esa, Señor Ilustrísimo, es una de las muchas falsedades que se hacen jugar en esta comedia: en prueba de ello, venga el Señor Liniers con nosotros, preséntese al pueblo, y si éste lo rechazase ó dijese no querer su continuación en el mando, yo y mis compañeros suscribiremos el acta de su destitución. Y tomando del brazo a dicho señor, le dije: vamos, señor, preséntese V. E. al público, y oiga de su boca cuál es su voluntad; la noche se acerca, y es conveniente quede esto disipado antes que sus sombras nos cubran, y como mis compañeros apoyaron esta resolución salió, en efecto, a la Plaza. Cuando las Tropas y el inmenso Pueblo que a la novedad había concurrido lo vió, empezó a gritar "Viva Don Santiago Liniers, no queremos ni consentimos en que deje de mandar: viva y viva", no resonaba otra voz en la Plaza.*

En vista de este desengaño quedaron extáticos los del Cónclave, y recogida el acta de abdicación prin-



ciada quedó anulada en todas sus partes. Entonces me ordenó intimase a los Cuerpos Armados que estaban aún en formación y además hostil, rindiesen las armas, y que en caso de resistencia usase de la fuerza. No fué preciso valerse de este violento medio, porque a la segunda intimación arrojaron las armas y corrieron por las calles como gamos buscando cada uno el rincón de sus casas en que ocultarse. Así terminó aquel memorable día: he dicho memorable, porque, en efecto, en él, las Armas de los hijos de Buenos Aires abatieron el orgullo y miras ambiciosas de los Europeos, y adquirieron superioridad sobre ellos. En la noche de aquel día todo fué ya quietud y tranquilidad en la ciudad".

Hasta aquí Saavedra, y sus asertos responden a la verdad de este hecho, aunque no de otros que acaecieron en esa coyuntura, ya que es el mismo Liniers quien en carta al Rey refiere los sucesos de este día y asegura que el Sr. Obispo *"expuso su vida y su decoro con total abandono de su persona, mezclándose entre los conspiradores, de los que uno tuvo la sacrilega osadía de amenazarle con acción de pegarle un golpe"*. Tan a favor de Liniers fue el proceder de Monseñor Lue que solicitó para él un condigno premio, como sería el elevar la sede de Buenos Aires a arzobispado.

Pero volviendo a la actuación de Saavedra en la asonada del 1º de Enero que *"yo disipé y arrollé, obligándolos a los españoles a arrojar vergonzosamente las armas en aquel día"*, afirma un hecho que mucho le honra:

*"Diga D. Francisco Paso, si es verdad, que el día 3 de aquel mismo mes, me llamó de la Plaza de la Victoria a comer a su casa, diciéndome que tenía que comunicarme cosas que convenía saber: que*

*en efecto después de haber comido, estando solos los dos me sacó una carta diciéndome era de un clérigo cuya firma y nombre debía ocultar, cuyo contenido en substancia era: Sé que Vd. es amigo y tiene confianza con el Comandante Saavedra, dígame Vd. y persuádale que aún hay tiempo de reparar lo perdido el primero de éste, que en su mano está realizarlo; que como se convenga a ello se lo pondrán antes en su casa 200.000 pesos y que se una con los demás; que de lo contrario está entendido corre peligro su vida, pues a la vuelta de una esquina no faltará quien se la quite, etc. Esto manifiesto a Vd., continuó Paso, bajo la más alta confianza y sigilo natural. Mi respuesta fué: Vd. me conoce amigo mío, y sabe que no he de abusar de la que con este hecho me franquea, sin embargo de no ignorar que en estos casos no hay sigilo, ni confianza que obligue a nadie. Responda Vd. que yo no me vendo por 200.000 pesos ni por dinero alguno prostituyo mi honor y buen nombre; que desprecio las amenazas que se me hacen porque confío en que El mismo, que porque quiso me defendió la vida el día 1º, me la defenderá también en adelante y conservará hasta cuando sea su justa voluntad"*.

d) *Los Peninsulares y los nativos. Cisneros.* — Aunque entre los españoles que hicieron ese motín había no poco americanos, y uno de estos, Mariano Moreno, era quien estaba apuntado para secretario de la Junta, la asonada fue una reacción contra la preponderancia que, después de las invasiones inglesas, habían adquirido los hijos de la tierra.

Muchas son las páginas que se han escrito harto expresivas de la animosidad que, a partir de 1807, fue dividiendo a peninsulares y nativos, pero no conocemos ninguna más elocuente, y más fi-

dedigna que esta que debemos a Saavedra:

"Por disposición del Gefe se recogieron las armas de aquellos cuerpos (compuestos principalmente de peninsulares) y quedaron disueltos, como era consiguiente. Esto también acabó de excitar su indignación contra nosotros. Sus semblantes tétricos, el ojo airado con que nos miraban, eran indicios nada equívocos de la ira que abrigan sus pechos. Durante el mando del Señor Liniers, tascaban el freno de su indignación, mas no se atrevían a manifestarlo en público. En nosotros igualmente tomó incremento el espíritu de rivalidad contra ellos, mucho más cuando no nos quedaba duda que el fin y objeto de sus proyectos no eran otros que, aun cuando se perdiese la España Europea, continuarían ellos mandando y dominándonos en ésta. Contra Liniers fué que dirigieron lo más recio de sus baterías.

No hubo crimen que no le imputasen en España: dilapidación de la Real Hacienda, protección escandalosa del contrabando (y eran ellos los que lo hacían y habían hecho siempre), prodigalidad en los empleos y grados militares, sin olvidarse de lo interior de su vida privada; fueron otros tantos capítulos de acusaciones que hacían ante sus amigos y corresponsales de Europa para que éstos los propatasen y generalizasen en ella. Como el Señor Liniers era Francés de origen y ya el Emperador Napoleón hacía la guerra a la España, cuanto tenía relación con algún Francés, era ya mirado con sospecha y recelo; valiéndose los Europeos de ésta, de la cualidad de su origen, falsa é inicua mente le imputaron comunicaciones é inteligencias con Napoleón; como fieles y leales Españoles pedían a sus amigos de España lo hiciesen saber en la Corte, para que fuese relevado del mando y aun

de esta América. Se olvidaban estos ingratos que sólo el Francés Liniers rehusó juramentarse ante Berresford cuando éste ocupó a Buenos Aires cuando todos los fieles y leales Españoles incluso los Jefes de graduación se apresuraron a prestar el juramento de no tomar las armas contra los Ingleses, que exigía Berresford; que sólo el Francés Liniers pasó a Montevideo, a promover y solicitar tropas del Rey para hacer la Reconquista de Buenos Aires, que era en aquel entonces posesión del Rey su amo; finalmente que este oficial Francés fue el que arrancó de los Enemigos esta Ciudad, y después la defendió de ellos mismos; olvidándose digo, de todos estos hechos positivos, por la calidad de Francés le creían desleal y traidor al Rey. Ello es que a fuerza de calumnias consiguieron que la Junta de Sevilla (que también se titulaba Suprema de España é Indias) nombrase para Virrey de Buenos Aires, a Don Baltasar Hidalgo de Cisneros, Teniente General de Real Armada.

A pesar de las ilegalidades ó propiamente ilegitimidad, de que carecía la tal Junta de Sevilla, fué reconocida en Buenos Aires. El mismo día que Cisneros salió de Sevilla para Cádiz, ella fué extinguida y disuelta, por los Franceses que se apoderaron de dicha ciudad. Sin embargo el Virrey nombrado por ésta llegó a Montevideo.

Esta fué la época más halagüeña para nuestros contrarios, enemigos de Liniers: con la suficiencia propia de su orgullo, se gloriaban de vernos ya abatidos y perseguidos por el nuevo Virrey, en castigo del crimen de haberles hecho rendir las armas el 1º de Enero de aquel año. Destierros, horcas, cuchillos nos eran recetados por éstos, a ciento y millares. Escribieron al Virrey, a Montevideo, tan abultadas mentiras en contra nuestra, que apoyadas éstas por el Gobernador Elío, hicieron entrar en recelo a Cisne-



ros. Se acercó éste a la Plaza de la Colonia escoltado de 700 hombres que sacó de Montevideo; aún en ella, se insistía en persuadirle que Liniers unido con nuestras fuerzas, estaba decidido a no entregarle el mando: en prueba de esta aserción le sugirieron el pensamiento de que mandase llamar a la Colonia a Liniers, para que allí le hiciese la entrega, y a nosotros los Jefes de la guarnición con él, y se desengañaría con nuestra desobediencia, de nuestras verdaderas intenciones. Así lo hizo Cisneros, y Liniers al momento se presentó en la Colonia; en seguida hicimos nosotros lo mismo sin la más ligera repugnancia. Desengañado Cisneros de las sinistras imputaciones con que pretendían alucinarlo, se decidió a devolver a Montevideo los 700 hombres que le habían dado, y a trasladarse a Buenos Aires el 31 de Julio de aquel año 1809, si el viento le era favorable. El mismo día regresamos nosotros a la Capital. ¡Cuánta fuese la indignación de nuestros contrarios al vernos volver sin novedad, no es ponderable! Habían consentido en el hervor de su irritación, que la llamada nuestra a la Colonia, era para desde aquel punto mandarnos presos a Montevideo, con destino a ser embarcados en la Fragata "Prueba" que se hallaba en dicho puerto. Verificó su viaje el nuevo Virrey y fué recibido al mando sin oposición ni contradicción alguna.

Uno de los primeros pasos de éste fué pedir la causa que se seguía sobre el suceso del 1º de Enero del año 9. El Brigadier de Artillería Don Francisco Agustini y el Capitán de Navío Don Juan de Vargas eran los encargados de ella. La extraordinaria extensión que le habían dado, hacía casi inverificable su finalización, en el estado de sumario; sin embargo, lo actuado descubría la realidad de los hechos, y a sus autores. En el empeño, Cis-

neros, de contemporizar con el Cabildo que le había hecho varios regalos y con las incesantes súplicas de los comandantes que habían sido de los Cuerpos desarmados, a fin de que se les restituyesen en reparación del agravio de que se quejaban; temerosos al mismo tiempo de irritar a los que componíamos la Guarnición de la Plaza tentó varios arbitrios de conciliación. Desechados éstos por nosotros, quedaron sin efecto aquellas medidas; nuestras respuestas en esta parte, eran unísonas; la cuestión, señor, le decíamos, es muy sencilla. Los Españoles Europeos intentaron con fuerza armada, despojar del mando de estas Provincias a quien lo obtenía legítimamente, y en virtud de un Real Despacho, para apropiárselo ó reasumirlo ellos en una Junta de Gobierno, que ellos también a su arbitrio quisieron erigir. Nosotros nos opusimos a este atentado e hicimos se conservase la forma de gobierno que había sido reconocida y estaba vigente en todo el Continente Americano. Si ellos hicieron bien en querer realizar con fuerza armada aquel trastorno, nosotros en impedirlo. ¿Nos hicimos criminales y delincuentes? si no lo somos, ellos son unos pícaros y deben declararse tales: en nuestros Códigos sobran leyes, que con toda claridad sirvan a V. E. de norte para esta resolución, y V. E. está obligado a ejecutarlas y respetarlas. Al fin, el influjo del Cabildo y de los Europeos prevaleció a nuestra justicia. Con dictamen asesorado (no por Don Juan de Almagro que era el Asesor del Virreinato, sino por un Abogado particular, que era también de los complotados por el movimiento del 1º de Enero del año 9) decidió que los Europeos no habían cometido crimen alguno en aquel acto, y que nosotros también habíamos hecho bien, y llenando nuestro deber en el mismo; mandando se les restituyesen las armas y continuasen en el servicio de la

guarnición, juntamente con nosotros. Todo se hizo y verificó puntualmente.

Tan contradictoria resolución, lejos de haber atemperado el hervor de las pasiones entre los contendores, lo hizo subir al más alto grado. Con ella los Europeos con imprudente descaro provocaban nuestra indignación; tuvimos en realidad mucho en que ejercitar el sufrimiento, esperando muy en breve se nos vendría a las manos la oportunidad de reprimirlos y enfrenarlos. Nuestro honor, nuestra delicadeza fueron a la verdad escandalosamente vulnerados. Los hijos de Buenos Aires con estos hechos, ya querían se realizase la separación del mando de Cisneros, y se reasumiese por los Americanos. Se hicieron varias reuniones, se hablaba con calor de estos proyectos, y se quería atropellar por todo. Yo siempre fui opositor a estas ideas. Toda mi resolución o dictamen era decirles: Paisanos y señores, aún no es tiempo, sin extenderme a desmenuzar ó analizar este concepto; y cuando los veía más enardecidos en persuadirme debía ya realizarse el sacudimiento que deseaban, volvía a contestarles: no es tiempo, dejen ustedes que las brevas maduren y entonces las comeremos. Algunos demasiado exaltados llegaron a desconfiar de mí creyendo era partidario de Cisneros. Creció este rumor entre los demás, mas yo no variaba de opinión".

e) *La caída de Sevilla y la decisión de los criollos.* — La caída de Sevilla era la breva que había de madurar, manifiesta el mismo Saavedra, y *"a la verdad, no era dudable —agrega él— que separándonos de la Metrópoli cuando la viésemos dominada por sus invasores ¿quién justamente podía argüirnos de infidencia o rebelión? En aquel caso nuestra separación sólo probaba nuestra decisión a no ser Franceses; de consiguiente que-*

*daba justificada ante todos los sensatos del mundo nuestra conducta"*.

Como se deduce de estas expresiones y más claramente aún de la doctrina que expuso Saavedra en el Cabildo Abierto del día 22 de Mayo, era él de opinión que el pueblo era el depositario de la autoridad y de que condicionalmente la había entregado al Rey, habiendo celebrado con él un contrato político. Desde que Carlos IV en 1808 en su nombre y en nombre de sus hijos había entregado la soberanía a Napoleón, ese contrato se había roto, pero era conveniente esperar la caída de Sevilla para obrar con toda expedición. Había que ser honrado y parecerlo.

La proclama de Cisneros publicada el día 18, no sólo comunicaba la caída de Sevilla, sino la proximidad de la de Cádiz o Isla de León, y ante una noticia, oficialmente dada al pueblo, Juan José Viamonte le escribió a Saavedra para que dejando su chacra en San Isidro, viniese inmediatamente a la ciudad.

"Así lo ejecuté: cuando me presenté en su casa, encontré en ella una porción de oficiales y otros paisanos, cuyo saludo fué preguntarme: ¿aún dirá usted que no es tiempo? Les contesté: Si ustedes no me imponen de alguna nueva ocurrencia, que yo ignore, no podré satisfacer a la pregunta. Entonces me pusieron en las manos la proclama de aquel día.

Luego que la leí, les dije: Señores, ahora digo que no sólo es tiempo, sino que no se debe perder una sola hora. Me propusieron fuésemos a casa de Don Nicolás Peña, en la que había una gran reunión de Americanos que clamaban porque se removiese del mando al Virrey, y crease un nuevo Gobierno Americano. Allí encontramos a los finados Doctor Don Juan José Castelli y Don Manuel Belgrano. El



primer paso que acordamos dar, fué interpelar al Alcalde de primer voto, que lo era don Juan José Lezica, y al Síndico Procurador, Doctor Don Julián de Leyba, para que en conocimiento del Virrey Cisneros se hiciese un Cabildo Abierto al que concurriese el pueblo a deliberar y resolver sobre su suerte. Belgrano y yo nos encargamos de allanar este paso con el dicho Alcalde, y Castelli con el Síndico procurador Doctor Leyba. A pesar de la repugnancia que manifestó el alcalde del primer voto don Juan José Lezica, viéndole hablábamos de serio, tuvo que acceder a lo que pedíamos: esa misma tarde convocó a todos los demás capitulares, y en consorcio del Síndico hicieron presente nuestra solicitud. El resultado fué quedar acordado pedir sin demora al Virrey venia para el día siguiente, convocar a Cabildo público y general. Dos individuos de la misma Corporación fueron al efecto diputados. Sorprendió a Cisneros aquella novedad: contestó al Cabildo, que antes de dar el consentimiento ó venia que se solicitaba, quería tratar con los jefes y comandantes de la fuerza armada.

El 19 se nos citó por el Sargento Mayor de la Plaza para que a las siete de la noche, estuviésemos todos en la fortaleza. Así lo verificamos: se nos presentó el Virrey y nos dijo: "Señores, se me ha pedido venia por el Exmo. Cabildo para convocar sin demora al Pueblo, a Cabildo abierto, a lo que parece ha influido mi proclama de ayer. Yo no he dicho en ella que la España toda está perdida, pues aún nos quedan Cádiz y la isla de León. Llamo a ustedes para saber si están resueltos a sostenerme en el mando, como lo hicieron el año nueve con Liniers, ó no; en el primer caso, todo el hervor de los que pretenden tan peligrosas innovaciones, quedaría disipado: en el segundo, se hará el Cabildo abierto,

y ustedes reportarán sus resultados, pues yo no quiero dar margen a sediciosos tumultos".

Viendo que mis compañeros callaban, yo fuí el que dijo, a S. E.: "Señor, son muy diversas las épocas del 1º de Enero del año 9 y la de Mayo de 1810, en que nos hallamos. En aquella existía la España, aunque ya invadida por Napoleón; en ésta toda ella, todas sus Provincias y Plazas están subyugadas por aquel conquistador, excepto sólo Cádiz y la isla de León, como nos lo aseguran las Gacetas que acaban de venir, y V. E. en su proclama de ayer. Y, ¿qué, señor? ¿Cádiz y la Isla de León, son España? ¿Este inmenso territorio, sus millones de habitantes, han de reconocer soberanía en los comerciantes de Cádiz y en los pescadores de la isla de León? Los derechos de la corona de Castilla, a que se incorporaron las Américas, ¿han recaído en Cádiz y la isla de León, que son parte de una de las provincias de Andalucía? No, señor: No queremos seguir la suerte de la España, ni ser dominados por los Franceses: hemos resuelto reasumir nuestro derecho, y conservarnos por nosotros mismos. El que a V. E. dió autoridad para mandarnos, ya no existe; de consiguiente, tampoco V. E. la tiene ya, así es que no cuente con las fuerzas de mi mando para sostenerse en ella. Esto mismo sostuvieron todos mis compañeros. Con este desencanto, concluyó diciendo: pues, Señor, se hará el Cabildo abierto que se solicita, y en efecto, se hizo el 20 del mismo Mayo".

f) *El cabildo de Mayo de 1810.* — Grande en la guerra, fue también Saavedra igualmente grande en la paz, ya que en el histórico Cabildo fue él la figura más relevante. Es sabido que después de dar su voto, por la cesación del Virrey, agregó Saavedra algo que debió sorprender en gran forma a todos con

aversión de parte de los realistas, con satisfacción inmensa de parte de los patriotas: *"y conste que pueblo es el depositario de la autoridad"*. Fray Aparicio de la Orden de la Merced, al oír esta afirmación, se exaltó y además de hacerlo suyo, lo reduplicó infinitamente. Aquella expresión, hecha con la solemnidad propia de Saavedra en aquellos momentos transcendentalísimos, fue la piedra del joven David que hirió en la frente al gigante Goliath. Por ahí comenzó el derrumbe del gobierno absolutista de los Borbones.

El mismo Saavedra ha historiado esa solemne sesión, tan decisiva en los anales patrios, que del total de 225 votos 61 votaron a favor del Virrey y 164 en contra, 86 de los cuales aceptaron el voto de Saavedra en todas sus partes.

El primer gran paso estaba ganado: era una realidad la caducidad de la autoridad del Virrey y la autoridad quedaba reasumida en el Cabildo.

*"Se me pidió una compañía para publicar por Bando esta novedad: la del Capitán de Granaderos de mi Cuerpo, Don Eustoquio Antonio Díaz Vélez se presentó al momento a las puertas de las Casas Capitulares. La noche se acercaba y el Cabildo permanecía aún en la sala Capitular a puerta cerrada, sin dar el Bando por escrito para su publicación. El Pueblo reunido en la Plaza y calles inmediatas, principió a entrar en sospechas con esta demora. En precaución de results, don Manuel Belgrano y yo nos entramos a dicha sala capitular. Hicimos presente el desabrimiento del Pueblo al ver que no se anunciaba de un modo público la destitución del Virrey y quedar reasumido el mando en dicho Cabildo. Entonces nos manifestaron que la demora era porque acababan de acordar, que al mismo tiempo se publicase*

*la creación de la Junta de Gobierno y los individuos que para ella habían sido nombrados. El mismo Virrey Cisneros era nombrado presidente de ella, y los vocales Europeos Españoles, excepto el mismo Don Manuel Belgrano y yo, que también entrábamos en ella. Nos opusimos seriamente a aquel proyecto: dijimos que antes de anochecer convenía que el Pueblo se retirase a sus casas, impuesto solamente de que el Virrey ya no mandaba, y que el Cabildo quedaba encargado de aquella autoridad; que el nombramiento de las personas de que se había de componer aquella Junta de Gobierno debía diferirse para el día siguiente, advirtiéndoles no recayese dicho nombramiento en ninguno de los que veíamos electos en aquel acto, porque no eran del agrado del Pueblo, a quien era conveniente evitar toda ocasión de inquietud y desabrimiento, porque podía traer resultados desagradables. Obtemperaron los Cabildantes a nuestras insinuaciones: quedó sin efecto la elección que acababan de hacer, y se publicó el Bando en los términos que debía, con lo que quedaron satisfechos y tranquilos"*.

g) *Saavedra, Presidente de la Primera Junta.* — Saavedra y Castelli entraban en esa primera Junta como vocales y ambos aceptaron su elección por considerar que era el primer paso, y que más adelante darían otro, eliminando de la presidencia a Cisneros, pero los patriotas más jóvenes quisieron abreviar etapas, y se levantaron contra esa Junta. A este fin conmovieron a la turba de curiosos o secuaces.

Rechazada esa fórmula por el pueblo, este presentó la suya, y en ella Saavedra aparecía Presidente de la misma. Era el tiempo definitivo de la revolución y el comienzo de una nueva nación. No fue-



por falta de patriotismo, sino por otras nobles causales, que Saavedra consignó en sus Memorias que quiso declinar el alto honor que se le otorgaba.

“Con las más repetidas instancias, solicité al tiempo del recibimiento se me excusase de aquel nuevo empleo, no sólo por la falta de experiencia y de luces para desempeñarlo, sino también porque habiendo tan públicamente dado la cara en la revolución de aquellos días, no quería se creyese había tenido el particular interés de adquirir empleos y honores por aquel medio. A pesar de mis reclamos, no se hizo lugar a mi separación. El mismo Cisneros fué uno de los que me persuadieron aceptase dicho nombramiento para dar gusto al pueblo. Tuve al fin que rendir mi obediencia, y fui recibido de Presidente y Vocal de la Excelentísima Primera Junta, prestando con los demás señores ya dichos, el juramento de estilo en la Sala Capitular, lo que se verificó el 25 de Mayo de 1810, el que prestaron igualmente los Doctores Don Juan José Paso y Don Mariano Moreno, que fueron nombrados de Secretarios para dicha Junta. Por política fué preciso cubrirla con el manto del Señor Fernando VII, a cuyo nombre se estableció, y bajo de él expedía sus providencias y mandatos.

La destitución del Virrey y creación consiguiente de un nuevo Gobierno Americano, fué a todas luces el golpe que derribó el dominio que los Reyes de España habían ejercido en cerca de 300 años en esta parte del Mundo, por el injusto derecho de Conquista; y sin injusticia, no se puede negar esta gloria, a los que por libertarla del pesado yugo que la oprimía, hicimos un formal abandono de nuestras vidas, de nuestras familias é intereses, arrojando los riesgos a que con aquel hecho quedamos expuestos.

Nosotros solos, sin precedente combinación con los Pueblos del interior, mandados por Gefes Españoles, tenemos influjo decidido en ellos, confiados en nuestras pocas fuerzas, y su bien acreditado valor, y en que la misma justicia de la causa de la libertad Americana, le acarrearía en todas partes, prosélitos y defensores. Nosotros solos, digo, tuvimos la gloria de emprender tan abultada obra. Ella por descontado alarmó al cúmulo de Españoles que había en Buenos Aires y en todo el resto de las Provincias, a los Gobernadores y Gefes de lo interior, y a todos los empleados por el Rey, que preveían llegaba el término del predominio que ellos les daban sobre los Americanos. En el mismo Buenos Aires, no faltaron hijos suyos, que miraron con tedio nuestra empresa: unos la creían inverificable por el poder de los Españoles: otros la graduaban de locura y delirio, de cabezas desorganizadas, otros, en fin, y eran los más piadosos, nos miraban con compasión, no dudando que en breves días seríamos víctimas del poder y furor Español en castigo de nuestra rebelión e infidelidad contra el legítimo Soberano, dueño y señor de la América, y de las vidas y haciendas de todos sus hijos y habitantes, pues hasta estas calidades atribuían al Rey en su fanatismo. ¿Será creíble que al fin éstos han salido más bien parados que no pocos de nosotros?; pues así sucedió. No pocos de los que en el año 10 y sus inmediatos, eran o fríos espectadores de aquellos sucesos ó enemigos de nuestras empresas, y proyectos de libertad é independencia, cuando vieron que el fiel de la balanza se inclinaba en favor de ellos, principiaron también a manifestarse Patriotas y defensores de la causa; y por estos medios han conseguido reportar el fruto de nuestras fatigas, mientras algunos de mis Compañeros de aquel tiempo, y las fa-

milias de los que han muerto, sufren como yo no pocas indigencias, en la edad menos a propósito para soportarlas, ó repararlas con nuestro trabajo personal. Sin embargo, ellos y yo, en el seno de nuestras escaseces, y desde el silencio de nuestro abandono y retiro, damos gracias al Todopoderoso por haber alcanzado a ver realizada nuestra obra, y a la América toda, independiente del dominio Español. Quiera El mismo también la veamos libre del incendio de pasiones y facciones que en toda ella han resultado en estos últimos años”.

## II. — SAAVEDRA Y MORENO

**L**A actuación de Saavedra, antes, durante y después de los sucesos de 1810 no pudo ser más atinada y más sagaz. En 1818 él mismo nos dice que si en todo momento se obró en nombre de Fernando VII y para salvaguardar sus sagrados derechos, ello era tan solo *“un velo aparente, en que fue conveniente usar, en aquellas circunstancias”* y no dudamos que proceder de tan sabia política fue ideado por él.

Mariano Moreno que había aparecido como Secretario en la proyectada Junta de los realistas del 1 de Enero de 1809, apareció también en la del 24 de Mayo de 1810, sin su consentimiento y de lo que se enteró horas después, como aseguró su hermano Manuel. El que nunca había pensado en rebelarse contra España, se veía ahora entre los revolucionarios más destacados de la primera hora y para honra del prócer hemos de reconocer que supo plegarse por entero a la causa americana. Era, sin embargo, de un temperamento impulsivo, y era terco en sus opiniones y en los pocos meses de actuación al lado de

Saavedra, creyó que éste era poco enérgico. Quería llegar al fin cuanto antes, sin etapas, contrariando así las leyes de la naturaleza, y las de la historia. Había además otra razón: sentía terror —y este terror le dominó continuamente—, de que con una reacción realista pararía él en la horca. Por todas partes y a todas horas veía posibles espías o enemigos. El renunciar a su puesto en la Junta, por la incorporación de los diputados, y alejarse del país en un momento de los más trascendentales de nuestra historia, no dice bien de él. Fue sin embargo, en beneficio de la Junta ya que, como escribió Monteagudo, muy de la cuerda de Moreno, la actuación de éste en la Junta había sido nefasta. He aquí sus palabras: *“Se instaló el 25 de Mayo de 1810 la Primera Junta de gobierno; ella pudo haber sido más feliz en sus designios, si la madurez hubiese equilibrado el ardor de uno de sus principales corifeos y si en vez de un plan de conquista, se hubiese adoptado un sistema político de conciliación con las provincias”*.

a) *Fusilamiento de Liniers*. — El primer serio choque fue al decretarse el fusilamiento de Liniers y de sus dignísimos compañeros. ¿Cómo era posible, dejando de lado las relaciones amistosas que no podían ser más cordiales entre Liniers y Saavedra, que hombres que decían sostener los derechos de Fernando VII fusilaran a otros precisamente porque sostenían los derechos de Fernando VII? Bajo cualquier aspecto que se los considere los asesinatos políticos en Cabeza del Tigre perturban aún a la distancia de centuria y media, pero más aún cuando se considera dónde estaba la verdad y dónde la falsía. Moreno convenció a sus compañeros. Todos, con la sola excepción de Alberti, firmaron aquel decreto fatal para los hombres de Córdoba.



ba y aunque en sentido diverso también para los de Buenos Aires.

Temblorosa es la firma que Saavedra estampó en este documento y tal vez tanto como la muerte de su gran amigo debió de lamentar el que en las páginas de la "Gaceta" se manchara su buen nombre y caballeridad indiscutida con los términos más bajos y denigrantes. No sabemos todo lo que pasó en aquella reunión, aunque consta que Saavedra y Belgrano se opusieron, y Alberti además de oponerse, se retiró del local, pero sabemos lo que acaeció cuando Moreno pretendió llevar al patíbulo a los Capitulares de 1810 que secretamente habían reconocido al Consejo de Regencia, creado en Cádiz, por la disolución de la Junta Central. Nos lo refiere así Saavedra:

"Concluída la causa y puesta en estado de resolución, se trató en Junta, y principió la votación por el Dr. Moreno, quien después de ponderar la gravedad del crimen, concluyó opinando por la decapitación de todos ellos: Yo que conocía el influjo de este individuo, y partido que ya tenía, horrorizándome de los fatales resultados que podrían originarse por la muerte de diez individuos relacionados y emparentados con parte muy considerable de la sociedad, tomé la palabra y dirigiéndome con entereza a Moreno le dije: Eso sí, Doctor: eche Vd. y trate de derramar sangre: pero esté Vd. cierto, que si esto se acuerda no se hará: Yo tengo el mando de las armas y para tan perjudicial ejecución protesto desde ahora no prestar auxilio. Los demás señores vocales en efecto no opinaron en su votación como había indicado aquél, y el delito de los Capitulares se castigó con las penas y multas pecuniarias que todos saben. Este hecho está declarado por algunos en la causa, que con motivo de los sucesos del 5 y 6 de

Abril de 1811 por comisión del Gobierno, principió el Dr. D. Pedro Medrano, con-juez que era de la audiencia en la que lo depusieron como una prueba en que fundaban los malcontentos mi despotismo. No me arrepiento de haberlo así ejecutado, y si mis émulos lo consideraron delito, tampoco me arrepiento de él; por el contrario estoy persuadido, hice un verdadero servicio a la Patria. Los imparciales juzguen de los dos sucesos referidos, é infieran si ellos son prueba real de despotismo".

Ingenuidad más que colombina es la de quienes traen a colación el decreto 6 de Diciembre, como un rasgo de genuina democracia, sin acordarse que si eso escribió su autor en un momento de irascibilidad, en otro, tranquilo y sereno, había acordado al presidente todas las dignidades y prerrogativas de que gozaban los virreyes. Habiendo puesto su firma en el decreto del 28 de Junio, que era más, se avino Saavedra a ponerla en el del 6 de diciembre que era menos. Era por otra parte hasta un decreto honroso para Saavedra, ya que en uno de sus considerandos se decía *"que se mortificó bastante la moderación del Presidente con la resolución acordándole honores, pero que fue preciso ceder a la necesidad y la Junta ejecutó un arbitrio político que exigían las circunstancias"*. Más adelante, agrega: *"habiendo echado un brindis Don Atanasio Duarte, con que ofendió la probidad del Presidente"*. No hay pues, en dicha "Orden del día", fecha 6 de Diciembre de 1810, nada que pueda lastimar a Saavedra, sino reglas de ceremonial simplificando las vigentes y reflexiones muy atinadas sobre la libertad, sobre una libertad extrema, no del todo acorde con el nombre de Fernando VII, todavía existente como un símbolo

absurdo, si se quiere, pero aceptado sin protestas por parte de Moreno.

b) *Concepción centralista de Moreno.*  
— Esta postrera frase es de Zimmermann, el mejor, y único, biográfico que le cupo a Saavedra entre 1810 y 1910, y son también de él estas expresiones:

“El brillo de Moreno y su carácter arrebatado debían pesar y molestar si se quiere, a la mayoría de los graves y sesudos personajes de la Junta, con antecedentes tradicionales en el servicio público, recientes y gloriosos, algunos de ellos, en las luchas con el soldado inglés y en la manera de preparar la preponderancia criolla después, para llevar a buen fin, como lo estaban haciendo, el pensamiento triunfante el 25 de Mayo”.

En la colección de cartas sobre la revolución publicada en 1896 por el Doctor Vicente Fidel López, se lee el juicio siguiente de un contemporáneo de 1810:

“Moreno es demasiado apasionado y voluntarioso; sería un terrible dictador para un conflicto supremo; pero Dios libre a los pueblos de que lo sea, y a él mismo también para honra de su nombre, porque es hombre excesivo y temerario, pero en las condiciones en que se halla se hará imposible y no tardará en ser separado. Saavedra es hombre de más juicio, y de mejor sentido práctico”.

Pero la incorporación de los Diputados de las Provincias que con la Junta debían constituir un Congreso, y dar al país un gobierno que no fuera provisional, como lo era dicha Junta, fue lo que hizo desbordar la desinteligencia entre Moreno y los demás miembros del Gobierno. El demócrata Moreno se opuso tenazmente a esa incorporación; el aris-

tócrata Saavedra la consideraba imprescindible, a fin de salir legalmente de lo provisional y entrar en lo constitucional. En lo entonces acaecido ve Zimmerman los orígenes de los dos partidos, federal y unitario; nacional y porteño, y llega a afirmar que el partido “*regenteado por la influencia y el prestigio de Saavedra era el positivamente argentino, amplio en su programa como que expandía el gobierno en igual proporción*”. El eminente publicista Doctor Juan Bautista Alberdi, dice en su crítica a la historia de Belgrano: “¿Qué quería Saavedra? Que el gobierno argentino fuese la obra de todas las provincias de la nación. Y Moreno, ¿qué quería? Excluir a la nación del gobierno que sólo debía residir en manos de Buenos Aires. El partido de Saavedra era el partido verdaderamente nacional, pues quería que la nación toda interviniese en su gobierno; el de Moreno era el localista, pues quería que la autoridad se ubicase en la “capital”, no en la “nación”.

Moreno renunció y Saavedra le tendió la mano con una generosidad sin límites, en el deseo de contestarle en lo que fuera preciso, pero se negó a darle una carta de presentación para la Princesa Carlota. El mismo Saavedra refiere así este hecho:

“El finado Dr. Moreno, aun después de haber plantado la semilla de la discordia en la despreciabilísima especie de mi coronación, intentada en el Cuartel de mi Regimiento, de que se han burlado hasta los mismos extranjeros en sus periódicos, después de haberle yo servido en cuanto quiso con motivo de su viaje a Londres, en la mañana del mismo día que iba a embarcarse, tentó mi entereza proponiéndome insidiosamente con mucha reserva, y a solas, sería conveniente por si acaso arribaba al



Janeiro, le diese una cartita firmada por mi mano, para la Sra. Dña. Carlota, con promesas lisongeras de mi adhesión a su persona, y reconocimiento a sus derechos. Mi respuesta fué: ¿Hasta cuándo Doctor mio han de continuar las acechanzas? ¿Es posible que hasta el último momento de su existencia en Buenos Aires ha Vd. de intrigar para perderme? ¿Me cree Vd. tan ligero que haya yo de darle cartas para esa Señora? Yo jamás la he escrito, ni firmado papeles de las comunicaciones que Vds. tuvieron en otro tiempo. Vd. lo sabe y debe saberlo. Al momento me ocurrió el pensamiento de que al Deán de Córdoba Dr. D. Gregorio Funes, le habría hecho la misma insinuación. Al salir de la Junta se lo pregunté, y habiéndome asegurado que sí, le dije: ¿Y que piensa Vd. dárse-la? Me contestó que dudaba el hacerlo, pues si Vd. quiere, proseguí diciéndole, dentro de muy pocos días, verse convencido de Carlota con su misma carta, no tiene Vd. más que firmar la que le pide el Dr. Moreno, con lo que en efecto se negó. Dios le haya perdonado, y yo le perdono sus dañadas intenciones hacia mí, y los males que me ha ocasionado su mala voluntad. El tuvo razón al tiempo de despedirse de sus aduladores, para decirles, yo me voy, pero la cola que dejo es muy larga...”

Tan larga fue que llegó hasta 1820 y se prolongó hasta Caseros, y aún se perciben sus efectos.

### III. — SAAVEDRA PERSEGUIDO Y CALUMNIADO

**T**odo el pueblo estaba con Saavedra; todo el populacho, entendiéndolo por tal los frívolos y ligeros, estaban del otro bando, y la popularidad del primero se pudo comprobar, diremos con Zim-

mermann, en la nerviosidad con que su partido interpretó la actitud de sus contrarios con motivo de ese decreto sobre abolición de honores, tomando la revancha el 5 y 6 de abril en un movimiento tumultuario, encabezado por Don Martín Rodríguez (glorioso general e ilustre gobernante más tarde) y por el Doctor Campana. Los miles de ciudadanos reunidos en la plaza pública, pedían la restitución de dignidades cuya ausencia, entendían a su manera, afectaba al presidente; la deportación de muchos ciudadanos y una serie de medidas de discutible conveniencia. Si el Deán Funes fue el inspirador de esta sedición, como lo sostienen algunos escritores por las publicaciones que se hicieron en la “Gazeta”, no existe duda que la propaganda sediciosa, sin cuartel, hasta brutal de la “Sociedad Patriótica, e incendió los ánimos y produjo el estallido. En cuanto a Saavedra, fue el primer sorprendido ante la conmoción bullanguera, y en las altas horas de su vida, cuando aplacadas las pasiones el hombre habla a su posteridad cercana, afirmando y reiterando una declaración condecoratoria hacia un acto, sea el que fuere, sólo el muy osado puede atreverse a mantener la duda, máxime si el que así habla y asegura es Saavedra”.

Saavedra en sus *Memorias*, escribió a propósito de esta Revolución que

“ni en aquel entonces ni ahora, trato de justificar dicho suceso del 5 y 6 de Abril de 1811. Lo cierto es, que fuese cual hubiese sido la intención de los que lo hicieron, sus resultados ocasionaron males a la causa de la Patria, y a mí la persecución dilatada que sufrí y la ruina de mi familia.

El Doctor D. Juan José Castelli se hallaba en el Desaguadero de representante del Gobierno; él había extendido sus facultades de tal,

hasta hacerse General del Ejército, teniendo éste los suyos nombrados. Era íntimo amigo de los Señores agraviados, y por abogar en favor de ellos, desacreditó al Gobierno, y a mí particularmente. Esto causó también divisiones entre el Ejército, pues unos opinaban en favor y otros en contra. La desgracia fué que esto sucedía, teniendo al frente el Ejército de don Manuel de Goyeneche, que había venido de Lima a batir el nuestro y contener sus progresos, confió imprudentemente en sus fuerzas; con ellas se imaginó, no sólo acabar con las de Goyeneche, penetrar y subyugar todo el Virreynato de Lima, sino también venir hasta Buenos Aires a desagruar a sus amigos, y dar en tierra con sus opresores. Varias cartas interceptadas de dicho Castelli a éstos vertían estas resoluciones. Contra las órdenes del Gobierno libró batalla a Goyeneche; fué derrotado completamente y el Ejército desapareció como el humo, dejando por consiguiente el paso franco al Enemigo para recuperar todo el resto del Perú, que ya se había decidido por nuestra causa, y a una multitud de hombres comprometidos, que sufrieron los rigores de aquel fiero y sanguinario Americano".

A raíz del desastre del ejército, partió Saavedra al Norte, dejando a Matheu al frente del Gobierno, y al llegar a Salta supo que había sido eliminado del Gobierno y de la Presidencia de la Junta, y se le ordenaba entregar a Pueyrredón el mando de la escasa y desmoralizada tropa.

Tal fue la acción, positivamente beneficiosa para el país, realizada en los meses más críticos de la historia patria, pero a partir de su deposición, tan arbitraria como impolítica, se inicia la serie no ininterrumpida de asonadas, revueltas y cuarteladas que habrían de llegar

a su colmo en 1820, y comenzó para Saavedra una no continuada serie de persecuciones a su persona y de groserísimas calumnias respecto de su acción al frente del Gobierno. Hoy se nos hace increíble que entre 1810 y 1820 hubiese podido haber hombres de entrañas tan negras y de saña tan de irracionales.

Se le formó proceso y aunque en ésta nada se pudo comprobar contra él, se siguió acumulando sobre su memoria todas las especies más disparatadas y lo que fue en Lacedemonia la caza de los Ilo-tas, eso fue entre nosotros la caza del hombre más puro de nuestra historia, del único que podía parangonarse con Belgrano y con Washington.

Los historiadores no han dado con el secreto de tanta saña, pero evidentemente ella se debió a Monteagudo, quien se consideraba el sucesor nato de Moreno, y con aquella su pluma, que no era un estilete sino una gruesa macana, aplastó, a cuantos eran, o él consideraba sus enemigos y los enemigos de sus amigos.

En 1830 y en el Elogio fúnebre que pronunció el Presbítero Ramón Olavarría resultan incomparables más penosas, unas frases que si ayer eran tristes, hoy nos permiten comprobar que la discordia de entonces y el sectarismo de hoy llevan a los mismos extremos:

*"¿Quién ha hecho que prefiramos a los extranjeros y aún a los enemigos de nuestra libertad a esos gloriosos compatriotas que se sacrificaron por defenderla? ¡La discordia! ¡sí! ella es la que nos ha hecho recoger abrojos en lugar de los opimos frutos que todos nos prometíamos!"*

*¿Y qué lugar más a propósito para aniquilarla que el venerable sepulcro del primer padre de la patria?"*

*Abjuremos, señores, delante de él esas pasiones innobles que le han*



dado vida. La ambición frenética por la que muchos miran siempre un grado más elevado del lugar que les corresponde, y ansiando a cada momento por subir, desde que se les detiene, solo se ocupan en calumniar a sus jefes, minar su opinión, desacreditar el gobierno y unirse a los anarquistas para derribarlo. La envidia, —ese monstruo cuyos dientes son más voraces que los que la antigüedad atribuía a Saturno que devoraba sus propios hijos— la intolerancia política, por la que algunos se creen tan infalibles en su modo de sentir, que basta que un compatriota no opine con ellos para que lo reputen un malvado, un criminal y lo persigan y castiguen, ¡ojalá pudiera ocultarlo! como si realmente lo fuera.

Este orgullo tan ajeno de las luces de nuestro siglo, es el que ha llenado nuestros papeles públicos de sátiras chocarrerías y expresiones indecentes, que siendo prohibidas hasta en las plazas públicas y tabernas de los países civilizados, no han hecho más que llevarles nuestro descrédito; acostumbRANDO además al pueblo a mantenerse y buscar con ansia un alimento grosero, que en lugar de elevar el espíritu, lo embrutece y dispone para que broten los viles sentimientos de los esclavos. Sofoquemos, señores, en este paraje esas serpientes que casi nos han devorado, y nos retiraremos con la dulce satisfacción de que jamás podíamos elevar un mausoleo más digno de las virtudes y servicios del brigadier don CORNELIO DE SAAVEDRA”.

Hay una página de Saavedra que merece ser conocida y es aquella con que termina las Instrucciones que dió a su apoderado en el juicio de Residencia:

“Si el gran Washington al despedirse de sus conciudadanos, decía, que revisando los acontecimientos de su administración, no le acusaba la conciencia de haber cometido error alguno con intención;

que sin embargo, conocía demasiado su insuficiencia, para creer probablemente haber cometido muchos yerros; que sean los que fuesen rogaba fervorosamente al Todopoderoso se sirviese apartar o mitigar los males que pudieran ocasionar: que llevaba también consigo la esperanza de que su patria los miraría siempre con indulgencia, y después de tantos años de vida empleados en su servicio con recto celo, entregaría al olvido las faltas de su talento... Con cuánta mayor razón podré yo decir lo mismo. Sí, señor: no dudo haber cometido errores en el tiempo de mi administración pública, más juro no haberlos hechos con malicia y conocimiento. La inexperiencia, la falta de talento y la miserable condición de hombres, que no trae consigo sino tinieblas e ignorancias ¿qué otros resultados podrían producir? Si aquel grande hombre de una experiencia de cuarenta y cinco años empleados en los manejos públicos, y negocios de su patria, pide al Todopoderoso aleje, o mitigue los daños que sus involuntarios errores la hayan causado, con cuántos mejores títulos clamaré yo al mismo Todopoderoso, aleje de la mía, los males de mi ignorancia, insuficiencia, e inexperiencia, aunque hice presente que esas eran las cualidades que me asistían, cuando el nombramiento de mi persona para la Presidencia de la primera Junta Gubernativa. De un hombre anteriormente contraído a la labranza de sus campos, para con sus frutos sustentar a su familia, de un hombre que si en su juventud había seguido la carrera de las letras, tampoco había aprendido más que lo poco que se enseñaba en aquellos tiempos, de un hombre que si se encargó de la Comandancia del Cuerpo de Patricios, para la defensa de la Capital contra las armas de la Gran Bretaña, fue ungido y obligado de la nece-

sidad de la Patria, y del desempeño de la confianza de sus paisanos, que lo proclamaron y eligieron por su Jefe; de un hombre, digo, de esta clase, ¿pudieron jamás prometerse sus electores, acierto en todo, ciencia perfecta, y el privilegio de no errar? Los que sucesivamente han obtenido el mando, no creo se gloriaran de este don. Si ellos han errado con involuntariedad, y deseando hacer lo mejor y más benéfico a la patria, esto mismo me ha sucedido a mí. Si aquel gran republicano, confiado en la pureza de sus intenciones, tenía esperanza de que su patria miraría con indulgencia, y entregaría al olvido sus involuntarios errores, ¿no podré yo en igualdad de casos prometerme lo mismo? Si ella está cierta que la amo en sus verdaderos intereses; que la he servido con toda la eficacia de mi voluntad; si recuerda que no tuve poca suerte en su defensa contra las armas británicas; que corté las ambiciosas miras de los europeos el 1º de Enero de

1809, y finalmente que mientras no di la cara en Mayo de 1810, ella permanecía en sus cadenas a pesar de hablarse mucho de su libertad. Si tiene presente que fui el primero que tomé con firmeza la voz para decir al Virrey Cisneros, que era forzoso dejase el mando de estas provincias, Comandancia de Armas, y demás que obtenía, porque no las consideráramos sus hijos, seguras en sus manos; si se acuerda que soy uno de los más comprometidos para con los enemigos de esta causa, y que el Virrey depuesto en la instrucción que dio, para que se le ordenase el parte a su Gobierno de España solo a mi carga, y atribuye las causas, y origen de su deposición, y de la presente revolución, no dudo que esta hará lo mismo con este su siervo, que la de los Estados Unidos con el suyo, declarándole buen hijo y buen servidor, con cuyo premio quedará contento y satisfecho, y dispuesto mientras le dure la vida, a sacrificarle en su obsequio".